

Cuentos

Santiago El Mudo

Sin pasión

Emilia Pardo Bazán

Lectura
fácil



Emilia Pardo Bazán



BIBLIOTECAS
PÚBLICAS
MUNICIPALES

Cuentos de Emilia Pardo Bazán.

Santiago el mudo y Sin pasión.

En lectura fácil

© Ayuntamiento de Madrid, 2021

Adaptación a lectura fácil:

Elena González Sabín. Adapta - Plena Inclusión Madrid

Validación de textos:

Adapta - Grupo Amás/Amás Fácil y Aspacen/Así Mejor

Diseño y maquetación:

Yesser Publicidad, S.A.

Logotipo de lectura fácil en portada:

© Logo europeo de lectura fácil: Inclusion Europe. Más información en

<https://www.inclusion europe.eu/easy-to-read/>

Depósito legal: M-20877-2021

Publicación conmemorativa
por el centenario de
Emilia Pardo Bazán
1851 - 1921

Cuento 1

Santiago el Mudo




1. Santiago el Mudo

¡Qué oscura, pero qué dulce y tranquila es la vida de Santiago en el pazo de Quindoiro! El pazo de Quindoiro es una casa grande, parecida a un castillo con tierras, que está cerca del río Miño en Galicia.

Santiago es un hombre tímido y callado que no habla porque prefiere estar en silencio. La gente del pueblo le llama Santiago el mudo.

La familia de Santiago había servido a los señores del pazo de Quindoiro durante toda la vida. Pero algo había cambiado en los últimos años. Los señores se fueron a vivir a la ciudad y los hermanos de Santiago emigraron a América del Sur. Santiago se quedó solo en el pazo y veía la vida pasar con tranquilidad. Quería terminar su vida allí.

El señorito Raimundo, un conocido de la familia, pasaba algunas temporadas en el pazo. Durante ese tiempo, Santiago tenía una expresión más amable en la cara.



Pero el señorito Raimundo le daba muchos problemas porque tenía un carácter violento y mandón. En el pazo todo tenía que ser perfecto y era muy exigente con los sirvientes. Si algo no estaba a su gusto, acusaba a Santiago de incapaz y torpe y le pegaba.

El pazo estaba cerca de la frontera con Portugal y esto era perfecto para el señorito Raimundo porque tenía muchos amigos ricos allí. Algunas veces el señorito Raimundo iba a Portugal y otras veces iban sus amigos al pazo.

Organizaban fiestas, bebían mucho vino y corrían por los salones del pazo como niños pequeños. También salían a pasear con los caballos y los perros.

Un día de otoño, el señorito Raimundo llegó al pazo sin avisar. Llamó a Santiago y se encerraron en una habitación para hablar sin que nadie escuchara la conversación. Raimundo le dijo a Santiago que quería estar tranquilo y que no quería a los sirvientes en el pazo. Así que solo se quedaron Raimundo, Santiago y la cocinera.


1. Santiago el Mudo

Esa noche, el señorito Raimundo y Santiago cogieron una barca para pasar el río Miño a Portugal. Después de varias horas regresaron al pazo acompañados de una señorita con un sombrero blanco. Entraron en el pazo por una puertecilla del corral que daba paso a algunos dormitorios. Nadie los vio salir, ni entrar.

La señorita se apoyaba en el brazo del señorito Raimundo y se reía. Santiago dejó a los amantes en el pazo y se fue.

A la mañana siguiente, Santiago estaba esperando a que el señorito Raimundo le llamara para servir el desayuno. De repente, Santiago sintió una mano en su hombro. Se giró y vio al Señorito Raimundo con cara de terror. Con voz ronca le dijo que viniera.

Santiago obedeció y entró en la habitación. En la habitación había una cama enorme y allí estaba tumbada la señorita con la piel amoratada y el pecho al aire. Sus ojos estaban rojos y tenía la lengua entre los dientes.



Santiago corrió a socorrerla,
pero el cuerpo de la señorita estaba frío.
La señorita estaba muerta.

Señorito

Raimundo - Estoy aterrado.
¿Y ahora qué?
¿Ahora qué hacemos?


Santiago - Yo me ocupo de la situación.
Por la noche lo solucionamos,
no se asuste.

Santiago no se separó del señorito Raimundo
en aquel horrible día.

Cuando oscureció, fueron a por el cuerpo frío
y sin vida de la señorita.
Santiago cargaba con el cuerpo
y el señorito Raimundo llevaba una linterna.
Todo estaba oscuro y en silencio.
Atravesaron los salones del pazo y bajaron a la bodega.
En la bodega solo había barriles de vino viejo y telarañas.

1. Santiago el Mudo





Santiago dejó el cuerpo en el suelo
y le dijo al señorito Raimundo que podían cavar
un agujero debajo de uno de los barriles
para esconder el cuerpo de la señorita.

Movieron un barril entre los 2 hombres,
pero solo Santiago cavó el profundo y ancho agujero.
Cuando terminó, cogieron el cuerpo por los pies
y por los hombros y lo metieron dentro.
Santiago lo tapó todo y colocó encima el barril.

El señorito Raimundo estaba mareado
y no podía mantenerse en pie.
Santiago le cogió en brazos, le llevó a su habitación,
le tapó y le dio una copa de coñac.
No se separó de él en toda la noche.

Al amanecer, Santiago recogió todas las pertenencias
de la señorita e hizo un paquete pequeño.
No se olvidó ni de las horquillas del pelo.
Se fue al bosque, lo quemó todo y enterró las cenizas.

El señorito Raimundo enfermó,
tenía fiebre y hablaba solo.
En el fondo, él mismo sabía que era un criminal.

1. Santiago el Mudo


Santiago le cuidó los 10 días que estuvo así.
Después, el señorito Raimundo se marchó del pazo.
Al despedirse, Santiago le dijo con la mirada que podía irse tranquilo.

A los pocos días, los periódicos de Portugal contaban la noticia de una bella dama casada que había desaparecido.

Decían que la dama se había ido de Lisboa a una casa que tenía cerca del río Miño.
Una tarde, la dama dijo a los sirvientes que iba a ver a una anciana de su familia y nunca más apareció.

La policía no encontró ni rastro de la dama.
¿Quién iba a pensar que estaba enterrada en un agujero debajo de un barril de vino en el pazo de Quindoiro?

El señorito Raimundo estuvo 5 años sin aparecer por el pazo.
El tiempo fue calmando sus miedos.
Para disculparse a sí mismo del crimen que había cometido,
pensaba que la culpa de lo ocurrido era de la señorita.
Ella le había enfadado con sus burlas y comentarios.



Cosa rara, el señorito Raimundo decidió volver al pazo.
No le molestaba volver a ver la habitación,
ni los barriles de vino, pero sí a Santiago.
Santiago era su cómplice, era el testigo silencioso
que lo sabía todo.

Sin embargo, Santiago, le recibió con alegría
porque era fiel.
En cuanto tuvo ocasión, Santiago se acercó al señorito.
Habló en voz baja, muy despacio y con tono suave.

Santiago - Señorito, puede venir al pazo cuando quiera.
No se preocupe.
Ya no hay nada.
Moví el barril, lo saqué todo y lo quemé.
Nadie puede descubrir nada,
ni siquiera Dios.

El señorito Raimundo respiró tranquilo
porque sabía que ya no había ninguna prueba del crimen.
Ya estaba libre de la cárcel,
como si no hubiera matado a la señorita.

1. Santiago el Mudo

Pero había algo más.

A los pocos días, el señorito Raimundo pidió a Santiago que fuera a su habitación y le dio mucho dinero para que se fuera a América del Sur con sus hermanos. Allí podría vivir y tener un futuro.

Santiago se quedó pálido, casi blanco.

Pero no dijo nada.

Comprendió que al señorito Raimundo le molestaba que viviera en el pazo.

Santiago le recordaba aquella noche, aquel crimen, el polvo de la tierra, la linterna y el barril de vino.

Santiago se marchó, a bordo de un barco que llevaba emigrantes.

Era el más triste, el más callado, el más serio.

No apartó la vista de su querida tierra hasta que la niebla la ocultó en el horizonte.

Se sentó, abrazó sus rodillas, hundió la barbilla en su pecho y se quedó muy quieto.

Se iba lejos, muy lejos, a climas desconocidos.

En cuanto a Raimundo, se casó

y pasa los veranos en el pazo con su mujer y sus hijos.

Cuento 2

Sin pasión




2. Sin pasión

El joven abogado Jacinto Fuentes estaba despistado.
Trataba de ayudar a su cliente, pero no era fácil.
Si las cosas seguían así, acabaría en la cárcel.

Su cliente era Juan Vela, acusado de asesinato.
Juan estaba sentado en un colchón
de una horrible celda en la cárcel.

Jacinto - ¿Qué trabajo le cuesta a usted decir la verdad?
Confiese que mató a Eugenio Rivas,
el marido de la Remigia
porque usted está enamorado de ella.

Juan - No, señor, no voy a decir eso.
¡Cómo voy a estar enamorado de la Remigia!
Si parece una aceituna
y tiene la piel amoratada
de las palizas de su marido.
Su marido es mi víctima, ya lo sé.
Pero de verdad que prefiero arrimarme
a un trozo de leña seca que a la Remigia.



Jacinto llevaba la barba arreglada y bien perfumada y tenía un plan para entrar a trabajar en un gran despacho de abogados. Para conseguirlo, necesitaba ganar este caso y que algunos periódicos publicaran un artículo sobre él. Esto último era fácil porque tenía amigos periodistas.

Jacinto tenía preparado su discurso de crimen pasional para defender a Juan.

Según la versión de Jacinto, Juan tenía una habitación alquilada en casa de Eugenio Rivas y su mujer la Remigia.

Eugenio era un marido horrible, un vicioso y un bruto que pegaba a su mujer. Juan estaba muy enamorado de la Remigia y ver cómo sufría con las palizas que le daba el marido era un espectáculo insoportable para él.

Un día, Eugenio estaba pegando a la Remigia y justo cuando cogió una silla para rompérsela en la cabeza, Juan le clavó el cuchillo 1, 2 y 3 veces.

2. Sin pasión


¿Quién no hubiera hecho lo mismo?
¿Quién no se hubiera dejado llevar por la pasión
para proteger a su amada de aquella violencia terrible?

El amor, los celos y la pasión eran la clave
para librar a Juan de la cárcel.
Juan tenía que reconocer que había matado a Eugenio
porque estaba enamorado de la Remigia.
Pero había un problema: Juan no quería mentir.
No estaba enamorado de la Remigia.

Jacinto levantó la mano derecha en señal de espera
y habló en voz baja.

Jacinto - Vamos a entendernos.
Usted no tenía ningún lío amoroso
con la Remigia.
La Remigia no le seducía.
Bueno, y entonces, amigo Juan,
¿cómo explica lo que hizo?
¿Por qué mató a Eugenio?
¿Tenían ustedes algún problema?

Juan - No, señor, ningún problema.
Al contrario, nos llevábamos bien.
Incluso aquella mañana estuvimos
tomando unas copas en la taberna del Pelele
y las pagó él.



Jacinto - ¿Estaban ustedes borrachos?

Juan - No, señor, tampoco.
Yo no suelo beber y, aunque Eugenio se emborrachaba muchas veces, aquel día no.
Ninguno estaba borracho.
Tomamos 2 copillas solo.

Jacinto - Siendo así, ¿cómo se comprende lo que ocurrió después?

Juan - Señor, déjeme pensar y explicarme.
Fue de esas cosas que hace un hombre sin saber porqué las hace.


Verá usted, Eugenio se empeñó en que me quedara a vivir en su casa.
Me dijo que estaría muy bien allí.
En cuanto a la casa,
no tengo nada que decir porque la comida estaba rica y la cama limpia.

2. Sin pasión

Pero a mí me llevaba el demonio
cuando veía que pegaba a la Remigia
delante de mí.
Porque si lo hacía en su habitación,
pues yo no digo nada.
La habitación es privada
y allí pueden hacer lo que quieran,
como si la mata.
Pero en mi cara, no.
Me quemaba la sangre cuando lo veía.
Yo jamás le levanté la mano a mi madre
ni a mis hermanas cuando vivía con ellas.

Es una vergüenza que un hombre
pegue a una mujer,
y más si la mujer es como la Remigia,
buena y honrada.

Le dije muchas veces a Eugenio
que no pegara a la Remigia delante de mí
y ¿sabe usted, don Jacinto,
lo que me contestaba?
Que la Remigia era muy fea
y que para qué queremos feas y flacas
en el mundo.




Él se reía a carcajadas
porque creía que yo estaba enamorado
de la Remigia.

Lo que más me enfadaba de todo
era que Eugenio
pegaba sin motivo a la Remigia.
Decía que los garbanzos estaban duros,
que los niños lloraban
o que le faltaba un botón en la camisa.
Pero todo era mentira.
La Remigia podía tener algún descuido,
como todo el mundo, pero nada más.

El día de la desgracia,
porque fue toda una desgracia,
Eugenio entró en casa enfadado.
No se dio cuenta de que estábamos allí
su hijo de 8 años y yo.
Le pegó 2 puñetazos en el pecho
a la Remigia, ella rompió a llorar
y entonces le dio una patada en la pierna
que la tiró al suelo.

2. Sin pasión





Eugenio cogió una silla
para rompérsela en la cabeza
y me salió el demonio de dentro.
Yo estaba como loco, le di tantos golpes
a Eugenio que me corté un trozo de oreja
y 3 dedos de la mano.

Yo avisé muchas veces a Eugenio
de que dejara en paz a la Remigia
pero no me hizo caso.

¡Y hubo más!
Cuando ya me harté de pegarle,
vino el niño de 8 años a ver a su padre
que ya no se movía
y en voz baja me dijo ¡bien hecho!

2. Sin pasión

Jacinto estaba en silencio con la frente arrugada y pensando.

Jacinto - Haré lo que pueda,
pero no es un crimen pasional.
No tenga esperanzas de librarse
de la cárcel.
¿Por qué no dice usted
que estaba enamorado de la Remigia?

Juan - Porque solo con ver a la mujer,
no se lo van a creer.
Además, no está bien mentir.
La Remigia es una buena mujer,
decente y honrada.

Jacinto estaba enfadado,
pensó que no había nada que hacer.
Juan iría a la cárcel seguro, todo estaba perdido
y este caso no le ayudaría a conseguir el trabajo
en el gran despacho de abogados.

Escanea los códigos con tu teléfono móvil
y disfruta de estos dos cuentos
también en formato audiolibro



Cuento 1

**Santiago
el Mudo**



Cuento 2

Sin pasión





bibliotecas.madrid.es